

# Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*

**E**n el primer número de *Cuadernos Americanos* se declara: «En los actuales días críticos un grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura, se ha sentido obligado a publicar *Cuadernos Americanos*, revista bimestral dividida en cuatro secciones tituladas: Nuestro tiempo, Aventura del pensamiento, Presencia del pasado y Dimensión imaginaria».

*Cuadernos Americanos* —esta «prolongación transfigurada de *España Peregrina*», como escribió Juan Larrea— vio la luz el 1.º de enero de 1942 en México.

Cuando en 1977 hizo quien esto escribe la edición facsimilar de la revista *España Peregrina*, Jesús Silva Herzog, director y mantenedor durante más de cuarenta años de *Cuadernos Americanos*, en una carta que me remitió y que conservo, escribió: «Siempre he dicho cuando ha venido a cuento que *Cuadernos Americanos* es en cierta medida herencia de la revista *España Peregrina* creada por varios distinguidos intelectuales españoles asilados en México, al huir del fascismo instaurado por Franco en España con la ayuda de Hitler y Mussolini».

En el prólogo de la antes citada edición facsimilar de *España Peregrina*<sup>1</sup>, órgano de la Junta de Cultura Española, Ramón Xirau recuerda que el 13 de marzo de 1939, pocos días antes de la caída de Madrid, se fundó en París esta Junta presidida por José Bergamín, Josep Carner y Juan Larrea, siendo sus miembros Juan M. Aguilar, Roberto F. Balbuena, Corpus Barga, Carrasco Garrorena, Gallegos Rocafull, Rodolfo Halffter, Emilio Herrera, Manuel Márquez, Agustín Millares Carlo, Tomás Navarro Tomás, Isabel de Palencia, Pablo Picasso, Augusto Pi Sunyer, Enrique Rieja, Luis Santullano, Ricardo Vinós, Joaquín Xirau, y su secretario: Eugenio Ímaz. «En pocas palabras —continúa recordando Ramón Xirau— estos nombres representaban, y represen-

<sup>1</sup> Alejandro Finisterre editor. México, 1977.

taban a gran altura, las artes, las ciencias, las letras y el periodismo españoles en el destierro». La Junta, por otra parte, excedía con mucho estos nombres. En el artículo VI de sus estatutos leemos: «La Junta de Cultura Española se considera integrada por aquellos españoles en los que concurre la doble calidad: de estar desterrados y de ser creadores o mantenedores de la cultura española». Así, y *de hecho*, pasaban a ser miembros de esta agrupación intelectual todos los españoles exiliados: de Rafael Alberti a Emilio Prados, de los doctores Puche o Mira, a los pintores Gaya o Renau. Todos ellos implícitamente y a veces explícitamente presididos por dos españoles de aquel «tercer mundo» que Juan Ramón Jiménez describió como el mundo de los muertos —me refiero a Antonio Machado y a Federico García Lorca y, naturalmente, por el mismo Juan Ramón y por Guillén y por Salinas—.

Había salido de España lo mejor de su mundo intelectual. Esta España se había convertido en «España Peregrina»: es decir, una España que no olvidaba su pasado recientemente trágico —España cínicamente, cruelmente entregada a las fuerzas del odio— pero que, al mismo tiempo quería proseguir, como prosiguió, su labor profundamente humanista: su labor de hacer llegar a otras tierras su aliento y su vigor intelectual.

En el prefacio de los índices de 1942-1952 de *Cuadernos Americanos*, Jesús Silva Herzog, después de comentar que «la revista nació al calor de tres conversaciones de sobremesa entre los poetas Juan Larrea, León Felipe, Bernardo Ortiz de Montellano y el que esto escribe» (Silva Herzog), concluye: «Acto de justicia es recordar la participación de Juan Larrea en la dirección de la revista, desde el primer número (enero-febrero de 1942) hasta el de septiembre-octubre de 1949. Él fue quien ideó la forma de presentación, las características ondas evocadoras del mar en movimiento, la división en secciones y los rubros sugerentes de las mismas. *Cuadernos Americanos* es mucho lo que debe al poeta y escritor español».

En el breve prefacio no cupo extenderse más en este *mucho* que para *Cuadernos Americanos* significó la aportación de Juan Larrea, como la de León Felipe, en primer plano, y la de todos los eminentes intelectuales y artistas españoles transterrados que —sobre todo en los primeros lustros de vida y desarrollo de la revista, definitivos para cualquier publicación periódica— contribuyeron con sus prestigiadas y desinteresadas firmas a echar a andar y a afianzarse *Cuadernos Americanos* en la atención y el interés de los más exigentes y despiertos lectores de las Américas y de Europa. Recordemos algunos nombres: Rafael Altamira, Claudio Sánchez Albornoz, María Zambrano, Margarita Nelken, Américo Castro, José Gaos, Juan David García-Bacca, Juan Ramón Jiménez, Ramón Sender, Max Aub, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Guillermo de Torre, Enrique Díez-Canedo, José Ferrater Mora, Pedro Salinas, Rafael Alberti, José Moreno Villa, Agustín Millares Carlo, Luis Recaséns Siches, Joaquín y Ramón Xirau, Pedro Bosch Gimpera, Mariano Ruiz-Funes, Wenceslao Roces, Antonio Ramos-Oliveira, Eduardo Nicol, Segundo Serrano Poncela, Juan Comas, Emilio Prados, Francisco Ayala, Luis Abad Carretero, Aurora de Albornoz, Julio Álvarez del Vayo, Aurora Arnáiz,

Jesús Bal y Gay, José Rubia Barcia, Agustí Bartra, Juan Ramón Arana, Carlos Blanco Aguinaga, Eduardo Blanco Amor, Blas Cabrera, Juan Cuatrecasas, Álvaro Custodia, Ernesto Guerra Da Cal, Juan José Domenchina, Juan de la Encina, Jesús de Galíndez, José Almeida, Francisco García Lorca, Juan Gil-Albert, Francisco Giner de los Ríos, Francisco Giral, Jorge Guillén, Eugenio Ímaz, Benjamín Jarnés, Luis Jiménez de Asúa, Gonzalo Lafora, Vicente Lloréns, José Ignacio Mantecón, Juan Marichal, Manuel Márquez, José Medina Echavarría, José Miquel i Vergés, Luis Nicolau d'Olwer, Indalecio Prieto, Lino Novás Calvo, B. F. Osorio Tafall, José Puche, José María Quiroga Pla, Juan Rejano, Fernando de los Ríos, Adolfo Salazar, Esteban Salazar Chapela, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Suárez, José Santaló, Luis Santullano, Ángel Palerm, Víctor Alba, Tomás Segovia, Germán Somolinos, Daniel Tapia, Florentino Torner, Manuel Tuñón de Lara, Josep Carner, Eduardo Zamacois, Alejandro Casona, etc., etc., sin olvidar a los españoles «del interior» que ya en marcha *Cuadernos Americanos* iniciaron su colaboración y su diálogo: Vicente Aleixandre, José Ortega y Gasset, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ángela Figuera, Carmen Conde, José Ángel Valente, Salvador Espriu, Manuel Lamana, Alberto Gil Novales, Modesto Seara Vázquez, José Luis Abellán, Jaime Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, Ángel González, José Agustín y Juan Goytisolo, Manuel Ortuño, Enrique Ruiz García, Juan Antonio Gaya Nuño, Francisco Fernández Santos, José Luis Cano y tantos otros.

Y recordemos también que de los once miembros que constituyeron la Junta de Gobierno fundacional de *Cuadernos Americanos*, cinco eran españoles, entre ellos un ex-rector de la Universidad de Barcelona, Pedro Bosch Gimpera y un ex-decano de Ciencias de la Universidad de Madrid, Manuel Márquez.

Es de justicia reconocer a Jesús Silva Herzog el enorme mérito de lograr sostener la publicación ininterrumpida de *Cuadernos Americanos* durante más de cuatro décadas, «soñando en la unión y la grandeza de los pueblos latinoamericanos y luchando sin tregua por su realización», proclamando que «lo humano es el problema esencial y que el ideal estriba en la implantación de la justicia económica, el goce de la libertad y la paz para todos los hombres sin distinción de razas ni de creencias». Por ello, ha merecido y logrado el aplauso y la admiración de las mentes y las plumas más lúcidas y honradas de nuestro idioma.

Pero no sería justo olvidar al conmemorar el cincuentenario de *Cuadernos Americanos* que su antorcha la encendió Juan Larrea, eficientemente secundado, es verdad, por León Felipe, Jesús Silva Herzog y Bernardo Ortiz de Montellano. Y sería muy injusto no recordar que de las primeras singladuras, las más duras para cualquier empresa de este género, el timón lo llevó Juan Larrea, hasta que después de ocho años de lucha, ya bien lanzada y acreditada la revista y aseguradas las mejores colaboraciones de todo el mundo hispánico, tomó la dirección efectiva de *Cuadernos Americanos* Jesús Silva Herzog (la dirección nominal la tuvo desde el principio, pues Juan Larrea se avino a figurar como «secretario» de la revista). Como es sabido, el primer acuerdo entre los cuatro fundadores fue que la revista tuviese dos directores: uno

español, Juan Larrea, y otro mexicano, Bernardo Ortiz de Montellano, y que Jesús Silva Herzog actuase como Administrador Gerente. Pero más tarde, como recuerda Juan Larrea en el epílogo a la edición facsimilar ya citada de *España Peregrina*: «En vista de que los españoles sólo podíamos contribuir con una cantidad más bien simbólica al financiamiento de la nueva publicación, siendo por ello muy de temer que, tal como lo habíamos organizado, se nos entrase la agonía a los pocos números, quien esto escribe había juzgado desde varios meses antes que, para su continuidad, era imprescindible que un mexicano con entusiasmo y posibilidades se identificase con su existencia. En otras palabras, convenía a mi parecer que, tal como estaban las cosas, Don Jesús Silva Herzog fuese su Director visible y nosotros, Bernardo Ortiz de Montellano y yo, codirectores adjuntos, secretarios jefes de redacción, según se prefiriese. Pero como Bernardo se negó a aceptar otro título que no fuese el de Director mexicano, yo me decidí a recomendar el cambio proponiendo a Don Jesús como Director y asumir con sus múltiples responsabilidades y peligros las incumbencias amplísimas de una secretaría obligada a resolverlo absolutamente todo».

De estas iniciales difíciles singladuras habla Juan Larrea en extensa carta escrita desde Nueva York el 1.º de julio de 1950, en contestación a una que Jesús Silva Herzog le remitiera invitándolo a ello.

He aquí algunos fragmentos:

Me he retrasado bastante en corresponder a su última carta entre otras razones por haber estado resistiéndome a hablarle con la entera franqueza que me pedía acerca de la marcha de *Cuadernos Americanos*. Es mucho lo que esto implica. Pero de nada ha valido resistirme. He terminado por ver que debía aprovechar la oportunidad que me brindaba usted para circunstanciar cosas que no carecen de importancia, sobre todo en estos momentos de grave crisis internacional. Voy a hacerlo, pues, con sinceridad y con la buena disposición de siempre.

(...)

Como ya le escribí en otra ocasión, no faltan razones para considerarme a mí, la «madre» de *Cuadernos*... Supongo que no tendrá usted reparo en reconocerme, inter nos, dicha «maternidad». Mas por si existiera en usted alguna duda, no sea que también con el tiempo se le haya esfumado algún detalle de interés, voy a imponerme la tarea de hacer memoria y exponer las etapas de la creación de *Cuadernos*, con el ruego de que si se me hubiera trascordado algún incidente significativo o hubiera incurrido en alguna inexactitud, que de antemano deploro, tenga usted la bondad de excusarme, ilustrarme y corregirme.

Pero antes quiero dejar constancia de que emprendo este trabajo no por interés particular, sino porque la existencia de *Cuadernos* justifica algo que, en función del futuro, considero importante para la emigración española a quien conviene que ciertas cosas no se desnaturalicen. Si intervine en su nacimiento y desarrollo con la vehemencia que desplegué y sin mirar sacrificios, no fue, lo sabe usted bien, por razones de índole personal. Me sentía investido por la responsabilidad que, a través de la Junta de Cultura emigrada, me incumbía de salvar en la medida de mis posibilidades el espíritu del sacrificado pueblo republicano español. Estimo que sería traicionar el espíritu de esa emigración si ahora que contra mis deseos tuve que dejar la secretaría de *Cuadernos*, cooperara con mi silencio a privarla, como parece ser cada vez más clara la inclinación, de uno de los títulos que pueden compensar otras creencias.